

*En busca de
Perséfone*

En busca de Perséfone

Originally published in English under the title:

Seeking Persephone

© 2011 Sarah M. Eden

Spanish translation © 2021 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Covenant, Inc.

ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any form or by any means without permission in writing from the publisher.

© de la traducción: Cecilia González Godino

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdesedaeditorial

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © Lee Avison/Trevillion Images (dama);

© Yolande de Kort/Trevillion Images (casa)

Primera edición: mayo de 2022

Depósito legal: M. XX.XXX-2022

ISBN: 978-84-17626-67-9

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

SARAH M. EDEN



*En busca de
Perséfone*

Libros de
seda

CAPÍTULO 1



Northumberland, Inglaterra, finales de agosto de 1805

—¿Es ese el futuro duque de Kielder? —Adam Boyce, el actual duque de Kielder, observó cómo aquel primo no lo suficientemente lejano para su gusto emprendía la retirada.

—El presunto heredero —respondió el señor Josiah Jones, su hombre de confianza.

—Es un idiota —afirmó Adam.

—Sí, excelencia. —El gesto de conformidad de Jones fue inmediato, como solía ocurrir alrededor del duque.

—No hay forma alguna de que lo desherede, ¿no es cierto?

—No, excelencia —dijo Jones. Aunque era hombre de pocas palabras la mayor parte del tiempo, Jones se volvía extremadamente hablador respecto a asuntos legales—. La sucesión es específica: el título puede pasar a la línea femenina si no existe un heredero varón en la línea de sucesión masculina, como es su caso.

—Bien. Entonces, antes de morir, mi intención es quemar hasta los cimientos del castillo de Falstone —declaró Adam—. Con un poco de suerte, el bosque de Falstone arderá también en llamas y el señor Gordon Hewitt, con su maldita línea de

sucesión femenina, heredará nada más y nada menos que lo que es capaz de gestionar: un montón de cenizas.

Adam notó que Jones palidecía. No dudaba de que el duque cumpliría su amenaza. Y lo haría. Adam no tenía intención alguna de entregar el castillo y las tierras que habían pertenecido a la familia Boyce durante más de seiscientos años al repelente insecto de Gordon Hewitt y no le importaban en absoluto sus ridículos derechos sobre la línea Boyce. Sin embargo, parecía que no había otra opción.

—Y pienso viajar a la ciudad y apostar medio millón de libras a una carta —añadió Adam—. Varias veces. Dejaré a Hewitt en bancarrota.

—Espere mejor a que se acerque el final de su propia vida —sugirió Jones.

Adam entrecerró los ojos en señal de desaprobación.

—No pretendía aconsejarle, excelencia —se apresuró a enmendar Jones.

Adam apartó la mirada del carruaje, que desaparecía a lo lejos, y la volvió hacia la incomparable vista que ofrecían las ventanas del primer piso del castillo de Falstone. Un bosque de una belleza imponente se extendía ante él. Los antepasados de Adam habían plantado aquellos árboles, cambiando para siempre lo que antaño había sido un páramo interminable, y él, como heredero, había continuado la tradición. Sobre la colina occidental había un lago cristalino, y el camino que se alejaba del castillo de Falstone desaparecía rápidamente entre los árboles y dejaba tras de sí un pacífico silencio y aislamiento.

Su familia había vivido en aquel preciso lugar durante más de veinte generaciones y él mismo era el decimoquinto duque de Kielder y decimoséptimo conde de Falstone. Henry, el tercer conde de Falstone, se había ganado el favor del rey Eduardo III después de luchar con valentía en la guerra de los Cien Años. Como resultado, le había sido concedido el título de marqués de Kielder. Menos de un decenio después fue nombrado duque de Kielder. La

línea Boyce se había mantenido intacta desde entonces, durante más de cuatrocientos cincuenta años.

—¡Maldita sea! —Junto a la ventana, Adam golpeó la pared de piedra con el puño e hizo retumbar la antigua vidriera y sobresaltar a Jones, que estaba a su lado—. Prefiero acabar con la vida de Hewitt antes que dejarle un solo centímetro de las tierras de Falstone.

—No creo que el asesinato sea la solución a sus problemas, excelencia.

—Podría hacer que pareciera un accidente. —Adam se alejó de la ventana y avanzó a largas y rápidas zancadas por el pasillo, dejando atrás los tapices y las armaduras que había visto toda su vida. Si cualquier detalle del castillo de Falstone cambiaba lo más mínimo, él se daría cuenta. Así de familiares le resultaban aquellas paredes.

—El siguiente en la línea de sucesión sería George Hewitt. —Obviamente, Jones lo había seguido por el pasillo—. El hermano pequeño del señor Hewitt.

—Tampoco es que mejorara mucho la situación —refunfuñó Adam mientras se dirigía a su biblioteca, un santuario que ni siquiera Jones tenía permiso para franquear.

Adam abrió la puerta de golpe y se dirigió directamente a su escritorio. Jones, por su parte, se detuvo en el umbral.

—Deja de revolotear y entra —le espetó Adam con impaciencia.

Jones entró de puntillas y se sentó con cautela en el borde de la silla situada en el lado opuesto de la gran habitación.

—¿Cuántos herederos de reserva tienen los Hewitt? —preguntó Adam.

—Cuatro varones, excelencia. —La incomodidad de Jones flotaba en el ambiente, seguramente anticipando la reacción de Adam ante las noticias—. Gordon, al que acabamos de ver partir. George, que es el siguiente...

—Otro idiota, sin duda —murmuró Adam.

—Gary es el tercero. Y el último es Gerald.

—El señor y la señora Hewitt, al parecer, no conocían la existencia de otra letra que no fuera la G —observó Adam con sequedad—. Dominar el alfabeto debería ser un requisito previo para convertirse en duque.

—Sí, excelencia.

—Lo más probable es que Hewitt ni siquiera sea capaz de calcular el valor de mis posesiones. —Adam apretó el puño al recordar la imagen de su primo—. Me pregunto qué valor concedería a mis pistolas de duelo.

—¿Ha visto sus pistolas de duelo, excelencia? —Jones sonaba nervioso.

—Es difícil no verlas.

—No le habrá apuntado con alguna, ¿verdad?

Jones se había puesto pálido. Y tenía motivos para preocuparse, reconoció Adam en silencio, sonriendo con disimulo. Adam era conocido por sacar sus pistolas sin previo aviso, a lo que se sumaba el miedo que él mismo se había esforzado por infundir en quienes no le importaban lo más mínimo.

—Por supuesto que no —respondió Adam—. Simplemente las limpié en su presencia. Varias veces al día durante la semana que pasó aquí.

—No es de extrañar que haya salido corriendo.

—Es un idiota y un cobarde.

—No son rasgos apropiados para un heredero —dijo Jones.

—Entonces, ¿qué crees que debo hacer?

—No me atrevería a aconsejarle, excelencia.

—¡Hazlo! —ordenó Adam—. O quizá me olvide de pagar tu salario.

Jones se aclaró la garganta.

—En realidad, solo existe una forma de evitar que el señor Hewitt herede el título y las tierras.

—Sí, pero no es posible que viva para siempre, Jones —replicó Adam—. Me sorprende que incluso tú creas los rumores de que he vendido mi alma al diablo.

—Más bien, los rumores afirman que es usted el mismo diablo.
—El hombre esbozó una sonrisa torcida.

Adam hizo caso omiso a aquel arrebatado de ingenio.

—Supongo que tendré que incendiar este viejo montón de piedras, después de todo.

—Existe otra opción, excelencia.

—¿Y a qué esperas? No tengo paciencia para escucharte balbucear.

—No, excelencia. Quiero decir, sí, excelencia. Es que...

—Jones.

El abogado, nervioso, se aclaró la garganta de nuevo.

—Podría contraer matrimonio, excelencia —propuso Jones en un susurro.

—¡Has perdido la maldita cabeza!

Jones emitió un grito ahogado. Si el hombre no fuera un genio con los números y en cuestiones de Derecho, Adam lo habría despedido hace diez años. Estuvo tentado de hacerlo en aquel momento.

—¿Qué te hace pensar que me plantearía alguna vez tener una esposa?

—Para engendrar un heredero, excelencia —musitó Jones—. Para dejar al señor Hewitt fuera de la línea de sucesión.

—Pareces tan idiota como el señor Hewitt. ¿Qué dama querría comprometerse conmigo?

—Podría suponer una gran cantidad de dinero para la familia de ella —sugirió Jones con tono tentativo.

—¿Hablas de «comprarla»?

La escalofriante calma de la voz de Adam hizo que Jones volviera a temblar y dejó escapar un sonido de afirmación apagado.

—Deja ya de temblar —le soltó Adam—. Esta vez no voy a dispararte.

—Es un alivio oírle decir eso. —Pero no había duda de que su alivio momentáneo no era suficiente para evitar su temblor de voz.



—Entonces... —aventuró Adam con algo de sarcasmo—, podría ofrecer a un caballero empobrecido una pequeña fortuna a cambio de la mano de su desesperada hija. Jones, ¿cuánto tiempo crees que tardará en cambiar de parecer? ¿Una hora o quizá menos de treinta minutos?

Los ojos de Jones se dirigieron al lado derecho del rostro del duque y después los retiró con rapidez, pero el gesto no pasó desapercibido para Adam. Sabía exactamente lo que su hombre de confianza veía al mirarlo; él mismo lo veía a menudo... Conocía de sobra los gestos de repulsión que había detectado durante años.

Adam había nacido con un trozo indefinido de piel en el lugar donde debía tener la oreja derecha y, en un vano intento por localizarla, convencidos de que la oreja debía de estar por debajo, una larga serie de cirujanos sin escrúpulos se habían pasado la mayor parte de sus primeros años de vida descuartizándolo y dejándole cicatrices que le atravesaban el rostro desde el lugar donde debía hallarse la oreja —que nunca llegó a localizarse— hasta el pómulo y otras más pequeñas que subían por la sien y terminaban en la mandíbula.

Hacía ya tiempo de aquello, pero su aspecto no había mejorado mucho. Más bien al contrario. Su madre lo había mirado con lástima durante sus seis primeros años de vida, lloriqueando por su «pobre muchacho» hasta que se había mudado a Londres. Adam solo la veía cuando debía ocupar su asiento en la Cámara de los Lores, algo que hacía solo por su sentido del deber, no por el placer de la compañía. La alta sociedad que él conocía tan bien no se diferenciaba tanto de los habitantes de Harrow y era más bien poco tolerante ante cualquier deformidad.

Ya nadie mencionaba sus cicatrices, de eso se había encargado él mismo. Se había ganado una reputación que infundía un miedo atroz en las almas más cobardes —según él, prácticamente todos los seres sobre la faz de la Tierra— y, aunque solían dejarlo solo, nunca se le dejaba de prestar atención. Ni siquiera los

padres más ambiciosos habían tratado de convencerlo para que bailara con alguna de sus hijas.

—Nadie está tan desesperado —respondió Adam a su propia pregunta, y el sonido de sus pasos resonó en la habitación mientras se dirigía a las puertas de cristal instaladas por su abuelo, empotradas directamente en la pared exterior del castillo.

La puerta daba a la parte trasera de los jardines formales de Falstone, una elegante composición de setos que sería la envidia de toda Inglaterra de no ser porque Adam no permitía las visitas. Situado en la misma frontera con Escocia, antes de dejar atrás las tierras inglesas, el castillo de Falstone no era precisamente un destino para viajeros.

—Si supiera de una familia de buen linaje con medios muy limitados y con más hijos de los que se pueden mantener... —aventuró Jones, con tono aprensivo— ... y con una hija en edad de casarse, ¿consideraría usted la posibilidad?

—¡Que te parta un rayo, Jones! —Adam se volvió repentinamente para encarar aquella temblorosa gelatina humana—. Por tu bien, espero que no hayas tenido la audacia de actuar sin mi permiso...

—¡No, excelencia! Por supuesto que no, excelencia. —El rostro de Jones se tornó blanco como la leche—. Simplemente había pensado...

—No te pago para que pienses.

—¡Claro que no, excelencia!

—¿Has sido tan necio como para contactar con alguna familia?

—Todavía no, excelencia.

—¿«Todavía»? —tronó Adam—. ¿Tenías planeado hacerlo?

—Solo si su excelencia así lo desea —insistió Jones con la frente invadida de gotas de sudor.

—Creo que lo mejor es que tomes un poco el aire, Jones —dijo Adam, entrecerrando los ojos—. Sal a tomar aire fresco.

—¿Aire fresco...?

—Mis pistolas se guardan en esta habitación, Jones, y en este momento estoy muy tentado de hacer algo más que limpiarlas.

Pudo oír cómo Jones tragaba saliva desde el otro lado de la habitación.

—Saldré a dar un paseo y a tomar un poco de aire fresco, excelencia. —Se deslizó casi imperceptiblemente de su silla y se escabulló caminando de espaldas a la puerta.

—Un largo paseo, Jones. Muy largo.

—Sí, excelencia. —Y, tras decir aquello, desapareció.

—Cobarde —murmuró Adam.

Por lo menos no era tan estúpido como Gordon Hewitt. Pensar en aquel debilucho pariente lejano hizo que la sangre de Adam volviera a hervir. No dejaría Falstone en manos de aquel descerebrado. Solo la idea le resultaba nauseabunda. ¿Pero y la idea del matrimonio?

Adam notó que sus músculos se tensaban al imaginarlo. Ella, quienquiera que fuera la joven desesperada y empobrecida, recorrería —a pie, si fuera necesario— todo el camino de vuelta a su destartalada casa antes que comprometerse con él. Una mirada a su rostro marcado bastaría para suscitar en ella la conocida expresión de repulsión; tal vez, incluso se desmayaría. No sería la primera vez. No se sometería a aquello de nuevo. Ni siquiera por un heredero.

La imagen de Gordon Hewitt vendiendo los tapices de Falstone a un detestable prestamista londinense, del bosque de Falstone —fruto del esfuerzo de tantas generaciones de su familia— arrasado y del lago drenado apareció en su mente en aquel instante. No pondría nada de aquello en manos del señor Hewitt.

Adam no podía impedir que el señor Hewitt heredara sus posesiones, a menos que proporcionara un heredero legítimo que usurpara los derechos del presunto heredero. Pero, para ello, tendría que casarse. Una impresionante retahíla de maldiciones salió de su garganta, desperdiciadas porque nadie estaba tan cerca como para oírlas y sentirse intimidado.

Ella huiría. Él le propondría matrimonio, ella viajaría hasta Falstone y, luego, huiría.

Eso si (enmendó Adam ante el repentino despertar de una idea) tenía la oportunidad de huir. Simplemente debía encontrar a alguien tan desesperada como para no echarse atrás.

—¡Jones! —rugió Adam, sabiendo que algún sirviente no tardaría en localizarlo.

«Desesperada —se dijo a sí mismo—. Para vestir santos... Pobre y más bien hogareña». De hecho, lo mejor sería que fuera sencilla, poco atractiva. A Adam le desagradaba mucho la gente guapa.

Entonces, él tendría su heredero, y quienquiera que se casara con él obtendría su título y una pequeña fortuna para su familia. Y, lo mejor de todo: aquel insecto necio y cobarde de Gordon Hewitt nunca tendría la oportunidad de tocar un solo tapiz del castillo, ni un solo árbol de las tierras de Falstone.

Perfecto.

CAPÍTULO 2



Shropshire, Inglaterra

Qué ocurre, papá? —preguntó Perséfone Lancaster al detectar la mirada preocupada de su padre—. ¿Evan—¿der? ¿Linus?

—No, no. —Su padre sacudió la cabeza—. Los chicos están bien.

Perséfone suspiró, notablemente aliviada. Sus dos hermanos, de trece y catorce años respectivamente, trabajaban como peones en la Marina Real, una de las pocas opciones para los hijos del hijo menor de un barón de bajo nivel. Las hijas del nieto de aquel barón no tenían tampoco posibilidad de contraer matrimonio. La mayor, Perséfone, y sus hermanas estaban destinadas a convertirse en solteronas sin dinero y a subsistir gracias a la caridad de sus vecinos, que era más bien cuestionable.

—Acabo de recibir una carta de lo más desconcertante. —El padre no ofreció más explicación que aquella.

Perséfone esperó con paciencia, pues su padre era propenso a evadirse mental y físicamente y ella había aprendido con los años a darle tiempo, espacio y silencio para que volviera en sí. Él continuó recorriendo la sala de estar y la cruzó varias veces, lo cual,

teniendo en cuenta las dimensiones del único espacio común con el que contaban, se hacía en cuestión de segundos.

Tras numerosas lecturas de la misiva que tenía en las manos, el padre miró a su hija mayor, que lo observaba con desconcierto.

—Cariño, has recibido una proposición de matrimonio.

—¿Una qué?!

—Una proposición. —Ambos se encontraban en el más profundo estado de estupefacción.

—¡Cielo santo!

—Es increíblemente rico y posee un antiguo y prestigioso título.

—¡Cielo santo! —Perséfone se dejó caer sobre la silla más cercana.

—Ya has dicho eso antes —dijo su padre mientras desenfocaba la mirada como solía hacer cuando sus pensamientos se desviaban de repente—. ¿No podrías pensar en otra respuesta más apropiada?

—No por ahora... —murmuró Perséfone.

Algo brilló en el fondo de la mirada de su padre, que recuperó la atención.

—Lo que no logro entender es por qué el duque se ha fijado en ti. Ni remotamente conoce a nuestra familia.

—¿El «duque»? —La situación era cada vez más extraña.

—Por supuesto, querida —contestó su padre sin recordar que no había desvelado aquella información antes—. El duque de Kielder.

—¿El duque de Kielder ha pedido mi mano? —La joven no podía creer una sola de las palabras que salían de la boca de su padre. Después de todo, no conocía a su excelencia. Ni a ninguna excelencia, para el caso.

—La carta es muy específica al respecto. —El padre comenzó a leerla en voz alta—: «Señor Lancaster, deseo solicitar la mano de su hija mayor en matrimonio. Estoy dispuesto a pagar veinte mil libras para la dote de cada una de sus tres hijas restantes y cincuenta mil más para contribuir a su bienestar y al de sus hijos. La ceremonia tendrá lugar el uno de octubre en la capilla de Falstone. Por favor, responda con prontitud. Suyo, etc. Kielder».

No era la más halagadora o romántica de las proposiciones, de eso no había duda. Más bien era notablemente presuntuosa y arrogante. «La ceremonia tendrá lugar...». Ni siquiera admitía la más mínima posibilidad de que la oferta pudiera ser rechazada.

Sus pensamientos sobre el estilo de escritura del duque se diluyeron cuando Perséfone calculó la asombrosa suma de dinero que se les ofrecía.

—Son más de cien mil libras.

Su padre solo asintió por respuesta.

—¿Qué vamos a hacer? —La mente de Perséfone daba vueltas y más vueltas ante la conmoción que aquello le estaba causando.

—Analicemos la cuestión con lógica —contestó su padre, tal y como solía hacer hacía unos años, cuando la «lógica» formaba parte habitual de su comportamiento y de su carácter—. Kielder ofrece una fortuna por encima de lo imaginable que, además, dejaría a tus hermanas en una posición privilegiada para casarse, algo de lo que nos quedaban ya pocas esperanzas.

—Eso es cierto —admitió Perséfone—, pero no me siento precisamente cómoda ante la idea de que me vendan.

—Y yo aborrezco la idea de venderte —añadió su padre—. No lo vería de esa forma, aunque admito que guarda semejanzas con una negociación mercantil, ¿no es cierto?

Perséfone asintió con pesadumbre. Su padre estaba caminando de un lado a otro de nuevo y ella permitió que afloraran sus propios pensamientos. ¡Cien mil libras! Era una suma descomunal, sobre todo para un acuerdo de matrimonio entre dos desconocidos.

Hacía tiempo que había decidido el tipo de caballero con quien desearía casarse, si tenía la suerte de encontrarlo. Su padre era un erudito, de eso no había duda, o lo había sido en algún momento, como demostraban los nombres de sus hijos: Perséfone, Atenea, Evander, Linus, Dafne y Artemisa. El señor Lancaster tenía especial predilección por la mitología griega. Aunque Perséfone admiraba el intelecto de su padre —y ansiaba un marido que tuviera

más que hollín en el cerebro—, encontraba su actividad y distancia mental agotadora. Podía pasarse horas, días a veces, absorto en su estudios, ajeno a su entorno y a la hija que hacía las veces de madre de sus cinco hermanos, pues la señora Lancaster no había sobrevivido el nacimiento de la última de sus hermanas, que ahora tenía ocho años.

No, Perséfone deseaba un marido atento, un compañero. Alguien con quien pudiera hablar sin pelearse en términos de mitos, filosofía e inquietantes fantasmas del pasado. Después de ocho años tomando sus propias decisiones, deseaba un marido fuerte y firme para organizar sus asuntos, para gestionar su vida y su casa sin poner todo el peso sobre los hombros de Perséfone.

—¿Cómo es el duque de Kielder? —preguntó a su padre mientras este seguía recorriendo la estancia.

—¿Cómo es? —repitió el señor Lancaster—. No sabría decir. No conozco al muchacho personalmente.

—¿Muchacho? —De alguna forma, Perséfone sospechaba de aquella descripción. Lo más seguro es que su padre recordara al duque en su juventud y que, en aquel momento, su mente no estuviera reconociendo el paso del tiempo. Por lo menos, podía constatar que su excelencia era más joven que su padre.

—¿Y cómo era su padre? —Perséfone sabía por experiencia que un hijo podía ser muy diferente a sus progenitores, pero no encontraba otra vía por la que conseguir información sobre su futuro prometido.

—Aburrido como una ostra —respondió su padre—. Pero su madre era muy activa.

Habría hecho más preguntas, pero la mirada del hombre cada vez estaba más perdida y ella sabía que estaría perdido en su mundo durante horas, incluso días.

Perséfone pasó el resto del día cavilando acerca del extraño giro de los acontecimientos. Su opinión cambiaba repetidamente. Por una parte, no podía evitar dejarse persuadir por los claros beneficios que una alianza de tal calibre traería a su familia. Tendrían

fondos suficientes para vivir con comodidad, algo que ella se había esforzado por lograr durante los últimos ocho años, a veces sin éxito. Sus hermanas podrían pasar una temporada en Londres y accederían a los círculos de la alta sociedad; tendrían la oportunidad de elegir a su compañero de vida.

Pero aquello le recordaría inevitablemente que ella no había tenido ese privilegio. De hecho, de aceptar la proposición del duque de Kielder, elegiría a su marido sin saber nada de él, aparte de su situación financiera y de su título. Podría ser un idiota o, peor aún, un loco. Y la naturaleza de la carta volvía esto último más que plausible. Podría resultar ser tan desatento como podía serlo su padre a veces. Pero su padre era un buen hombre, se recordó Perséfone. Podía toparse con algo mucho peor.

Entonces, se preguntó si el duque de Kielder sería un buen hombre o si tendría propensión a la violencia o a los ataques de mal genio. Una mujer casada quedaba a merced de su marido por completo. ¿Ejercería el duque de Kielder ese poder sobre ella? Podría —y seguramente así sería— hacer de su vida una verdadera miseria.

No tenía esperanza alguna de recibir otra oferta, de eso no cabía duda. Y, sin las cien mil libras que ofrecía el duque de Kielder, sus hermanas tampoco tendrían opciones de casarse ni sus hermanos tendrían la posibilidad de un futuro lejos de la difícil y a menudo peligrosa vida de la Marina.

A la mañana siguiente, después de recibir la proposición, aún seguía debatiendo consigo misma. Si aquella boda tenía como fecha de celebración el uno de octubre, las amonestaciones deberían publicarse pronto. Perséfone tenía una importante decisión que tomar sin tiempo suficiente para decidir. Y no tenía ni idea de qué camino elegir.

